

ma transmigración de los posesos dostoiévskianos? ¿Bin Laden es un avatar de Necháiev?

Con esta cita queda saldada la contemporaneidad de *Los demonios* y con ella la actualización de los clásicos en el escenario del Teatro Libre. Puesto que si bien es conocido el programa conceptual del Libre, en cuanto que se ha propuesto representar a los clásicos, esta tarea, más que realizarla por el puro prurito de ser clásicos, de parecerlo, o de ejercer cierta vocación arqueológica, de lo que verdaderamente se trata es de abrir a nuestro tiempo textos dramáticos de todas las épocas que resuenan aún en la nuestra, actualizando argumentos, temas y razones para ello.

ENRIQUE PULECIO MARIÑO

Literatura ociosa

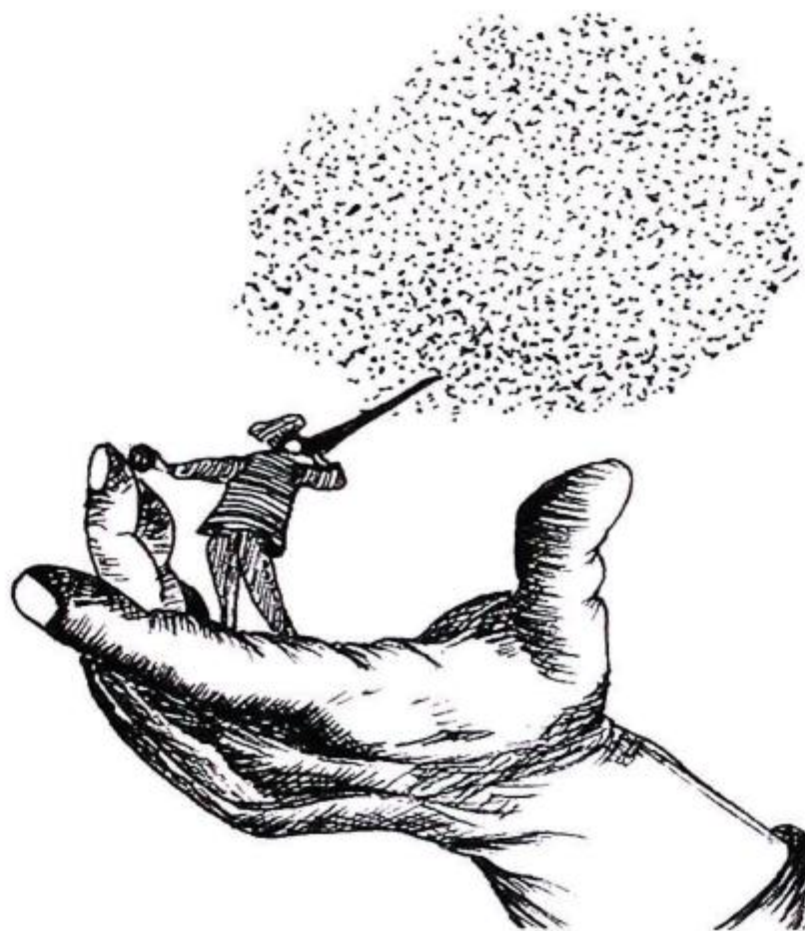
Una daga en Alexanderplatz

Manuel José Rincón Domínguez
Panamericana Editorial, Bogotá, 2010,
122 págs.

Cuentos breves, sencillos, bien redactados, escritos con receta y astucia comercial para la frivolidad de determinado público, en una colección "Sólo para adultos". Redactar es una cosa. Escribir es otra. Lo de "adultos" no es más que un gancho publicitario. Insinúa situaciones y escenas complejas. Que nadie desconoce. Vaya usted a un colegio, para que vea. Sólo un adulto se deja seducir por la palabra adulto, que le ofrece algo reservado. Los niños, como se dice, muertos de la risa.

Da título al conjunto el último relato. Se refiere a la cacería de criminales nazis. Por eso la esvástica en la contratapa. Diagrama místico hindú de buen agüero. Adoptada por el nacionalsocialismo. Trama bien urdida. Coherente. Desenlace previsible. Texto relevante en el libro. Por eso, al final. Todo bien calcula-

do. La daga tiene empuñadura de hueso humano. No es cosa que asuste. Existe un libro: *Cuentos de terror. Sólo para niños*. Los únicos que viven en un mundo de monstruos son los niños. Y los monstruos son los adultos. Para un niño de diez, el tío de treinta es dinosaurio. En el cuento se vende un objeto. Nada de abrazos, ni de besos. Si eso es lo que da título a la colección.



En el penúltimo cuento, *Las casas de la señora Oortman*, tampoco nada de abrazos, ni de besos. Si es eso lo que asusta al autor. Una coleccionista de casa de muñecas y miniaturas. Mucho trabajo para conseguirlas. Luego todo se va desbaratando. Como siempre. Sólo que ella había comenzado su colección al día siguiente de casada. Cuando se dio cuenta de que algo debía hacer.

El primer relato se ocupa de un voyerista. Título: *El perro, el voyerista, la ambulancia y la vecina*. Sólo mirar. De una ventana a otra ventana. Como todos los días, en todas partes. El perro es irreal, pero resultaba necesario colocar un perro ahí. Se trata de una técnica pictórica y cinematográfica. Ciertamente el espacio debe ser equilibrado con un florero, una cortina, un jarrón, un perro. La vecina es joven y también bonita. A su lado se coloca el portón de un ancianato, con su respectiva ambulancia. La estridente ambulancia sale y regresa continuamente. Se perfila así un cuadro de luz y som-

bras. En el lógico final, la sombra lo cubre todo.

El segundo relato se titula *Noche nórdica*. Sucede en Copenhague, dividido en siete cuadros. Ella, él y su esposa. Nada al final. Cada uno para su casa. Ocurre a menudo, pero esta vez en Copenhague. Es el gancho del autor: escoger escenarios en Europa, como algunos europeos los escogen en América. Forma calculada de exotismo. Modo de decir: "Lalo estuvo aquí". Y no pasó nada.

El tercer relato, *Una espina en mi rosa*, se lee en París. Cursi el título, pero la cosa es con un pintor italiano. La burguesa casada, que se engaña con el amor de una aventura. De nada vale la comprensión del esposo. Parte con decisión a su ruina.

La pócima para Valentina Kovarikova es el cuarto relato. Se busca el elixir del amor y la felicidad. Y lo encuentran, que es lo peor, bajo cero en el invierno de Moscú.

Sigue *Los preparativos de Anastasia*, en Suiza, con los delirios y pesadillas de un médico drogadicto.

El sexto relato, *Tres kilos de más*, se refiere a una lesbi colombiana, condenada en España por tráfico de drogas. El recurso del autor: una entrevista periodística, y la acusada canta con la locuacidad nacional.

El libro continúa con *El vuelo del buitre*, de nuevo en París, esta vez monólogo de un *clochard* en el resistero del verano, a más de cuarenta grados a la sombra. Describe las basuras de la ciudad. Nada de abrazos. Nada de besos. Es una colección "Sólo para adultos".



Después del buitre viene *La mano del ángel*, situado en España, relativo a un quiromántico en Andalucía, que curaba enfermedades con manos de niño extraídas del cementerio a media noche. No

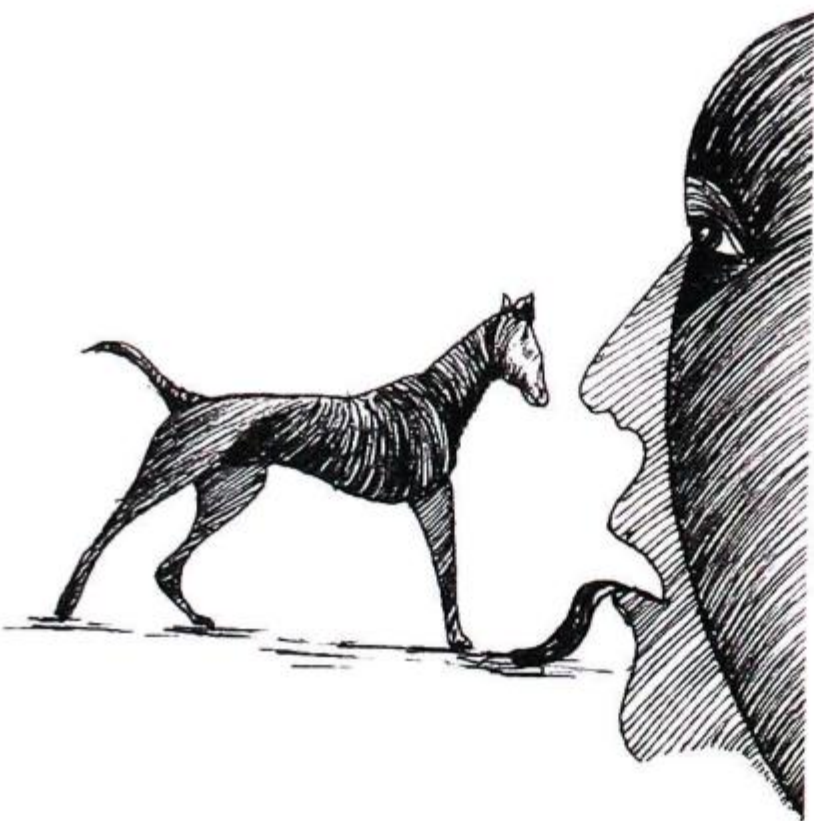
asustaría esto a nadie en Medellín (Antioquia), donde a partir de las doce de la noche, hasta que canta el gallo, se presentan obras de teatro pánico en los cementerios, con lleno completo. No de difuntos, sino de aspirantes a difunto.

La cantante del sol es el noveno relato, en el que un arqueólogo, examinando un sarcófago en el Museo del Louvre, descifra la historia de una sacerdotisa egipcia, sacrificada para conjurar la lluvia, según la leyenda. Nada de abrazos, ni de besos.

Luego sigue *El libro en el oasis*, que empieza así:

Mi abuela, Elizabeth, murió el 19 de febrero de 1986 a las once y diez de la noche. Fue durante la visita del cometa Halley, cuando el astro se encontraba en las cercanías de Capricornio, después de haber superado el paso del sol. Parecía como si hubiera quedado agotada por la soledad y el tiempo. Averiguar cómo abandonó el mundo, por poco me cuesta la vida.

Y estos son los doce cuentos y las invenciones que componen el libro. La reseña no puede ofrecerle más detalles. Sería como contarle a usted la película. Aquí al lado, en la librería del aeropuerto, se puede conseguir esta clase de libros para viajeros sonámbulos.



Conclusión: literatura ociosa. La literatura por la literatura. Surgió en el siglo XX, en manos de grandes escritores. Sin esa categoría, deviene en

entretenimiento pasajero, para soñolientas salas de espera, para largos y monótonos viajes, para adaptarse al aburrimiento cuando las circunstancias atraviesan zonas muertas en el día.

Algo extraño y paradójico hay en la publicación de libros: excelentes obras nunca alcanzan reconocimiento, mientras que la pacotilla domina con su triunfante mediocridad.

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

Rutina y distancia: el uno y el otro

El amanecer de un marido

Héctor Abad Faciolince

Seix Barral, Bogotá, 2008, 225 págs.

He aquí un libro de cuentos, o de relatos, que parece tener un hilo conductor con múltiples variantes temáticas: el amor como fantasma (es decir, el desamor), la soledad, el desencanto, la violencia ejercida contra otros y contra sí mismo, la pérdida de la identidad, la derrota o la declinación *al cabo del tiempo*. Lo que escribo en cursivas me sirve para enfatizar una cierta perspectiva de estos relatos, y que se refiere, en principio, a una distancia en el tiempo (entre un uno y un otro), pero también, a esa misma posible distancia en el espacio, cuando el uno y el otro parecen saber que ya no pueden ocupar el mismo espacio: el desgaste del espacio (o, puesto en términos teóricos o de mitocrítica, la pérdida de sacralidad del espacio) determina la necesidad de división del espacio: la distancia, la separación. Hay seres —bueno, en esta reunión de cuentos— que están cerca; otros están lejos; y otros, francamente solos, y, sin embargo, no dejan de proyectarse sobre otro u otros.

Quiero empezar con un excelente cuento que me gustaría diera la pauta de la mirada y el estilo que atraviesa este libro. Me refiero a “Ju-

ventud, divino tesoro”. No quiero anotar aquí, a propósito del título, nada sobre la insistencia en todo el libro de recurrir a textos de la literatura (o del cine o la música) en diversas formas intertextuales. Me parece que no hay mucho misterio en ello, mucho menos cuando difícilmente se sale del pastiche y la mueca que remeda sin llegar a la parodia. En este caso, y en muchos otros, el intertexto (“Juventud, divino tesoro”, del poema de Rubén Darío) sólo pretende reforzar en lo temático la historia contada: “[Ya] te vas para no volver”, bastaría para entender ese refuerzo: la juventud pasa, pasa como valor, así que lo que queda es un antivalor: ¿madurez, vejez, decrepitud? Bueno, de eso se trata en este buen cuento de *El amanecer de un marido*: un hombre, si no viejo sí decrepito y lisiado (en lo físico y en lo moral), contempla una fotografía de sí mismo 32 años atrás, cuando apenas tenía dieciséis y era un apuesto y promisorio ejemplar de familia rica o pudiente, empezando estudios de arte en el exterior, rodeado de bellas mujeres —la que tomó la fotografía, sería, específicamente, su novia— y dueño, o más o menos, de un Lincoln Continental último modelo. La distancia entre el hombre decrepito y desmoralizado y el joven adolescente no se nos da desde el principio, se revela de manera gradual a través de la “historia” (de horas) del muchacho, en especial en lo que tiene que ver con todo el peso moral de esa distancia: por un lado, el de un ambiente enrarecido, decadente y perverso de juguetos peligrosos, frívolos y eróticos que rodea al joven (¿deca-dentismo rubendariano?), y, por otro, el ambiente del solitario y amargado contemplador de la fotografía, que es escueto y se conforma con no menos escuetas y rápidas declaraciones del propio contemplador y narrador: “[...] soy un fracasado [...] no tengo otro oficio que el desencanto” (pág. 114). Claro, aquí el uno y el otro son el mismo, pero no tanto... Y por eso he elegido este cuento, maravillosamente construido y escrito, como aleccionador de